
IV.

El sanguinario tirano de Granada iba siendo cada día mas el jefe de su partido. Verdad es, que reconocia aún el señorío de los Hammuditas de Málaga, pero esto no era mas que pura fórmula. Estos príncipes eran muy débiles, se dejaban dominar por sus ministros, se esterminaban unos á otros con el hierro ó con el veneno y lejos de poder pensar en fiscalizar á sus poderosos vasallos se creian felices, si conseguian reinar con alguna apariencia de tranquilidad en Málaga, Tánger y Ceuta.

Habia además, una gran difirencia entre las dos córtes. En la de Granada no habla

mas que berberiscos ó hombres que como el judío Samuel obraban constantemente en interés suyo; reinaba allí por consiguiente una notable unidad de planes y de aspiraciones. Por el contrario en la córte de Málaga habia tambien esclavos y mas ó menos pronto, habian de aparecer los celos, las rivaldades y los ódios que tanto habian contribuido á hacer caer á los Omeyas.

El Califa Idris I, ya enfermo cuando envió sus tropas contra los Sevillanos, espiró dos dias despues de recibir la cabeza de Ismael, que habia sido muerto en la batalla de Écija. Al punto se empeñó la lucha entre Ibn-Bacanna el ministro berberisco y Nadja el ministro eslavo. El primero quiso dar el trono á Yahya, primogénito de Idris, plenamente convencido de que en este caso le pertenecia el poder. El eslavo se opuso á ello. Primer ministro en las posesiones africanas, proclamó allí por califa á Hasan ibn-Yahya, primo hermano del otro pretendiente, y lo dispuso todo para pasar el Estrecho. De carácter menos firme y menos audáz el ministro berberisco se dejó intimidar por la actitud amenazadora del eslavo. No sabiendo qué resolucion tomar, ya queria persistir en su proyecto, y á renun-

ciar á él. En su indecision se descuidó en tomar las medidas necesarias. De pronto vió fondear á la armada africana en el puerto de Málaga. Huyó á toda prisa y se retiró á Comares con su pretendiente. Hasan dueño de la capital le mandó á decir que lo perdonaba y que le permitia volver. El berberisco se fió en su palabra, pero le cortaron la cabeza. La predicción que el judío Samuel habia creído ver en sueños se habia cumplido.

Poco despues el competidor de Hasan, fué muerto tambien. Acaso Nadja fué el único culpable de este crimen, como lo dán á entender algunos historiadores, pero Hasan tuvo que sufrir el castigo, pues fué empozoñado por su mujer, hermana del desventurado Yahya.

Entontes Nadja, creyó poder pasarse sin testaférreo. Quería poseer no solo la autoridad, sino tambien el título de soberano. Habiendo muerto al hijo de Hasan que era todavia muy niño y puesto en prision á su hermano Idris, se presentó atrevidamente á los Berberiscos como soberano y trató de ganarlos con las promesas mas brillantes. Aunque profundamente indignados de su increíble audacia y de su

ambicion sacrílega—pues tenían una veneración casi supersticiosa á los descendientes del Profeta—creyeron sin embargo los Berberiscos que debían esperar un momento mas favorable para castigarlo y le respondieron que le obedecerían y le prestaron juramento.

Nadja les anunció su intento de ir á quitar Algeciras al Hammudita Mohamed que reinaba allí. Púsose en campaña; pero desde los primeros encuentros con el enemigo, pudo notar el Eslavo que los Berberiscos se batían flojamente y que no podía contar con ellos. Creyó pues prudente dar la orden de retirada. Había formado el proyecto de desterrar á los Berberiscos mas sospechosos en cuanto llegara á la capital, ganarse á los otros á fuerza de dinero y rodearse de todos los Eslavos que le fuera posible. Pero sus mas encarnizados enemigos, supieron ó adivinaron su plan y al pasar su ejército por un estrecho desfiladero cayeron sobre el usurpador y lo mataron (5 de Febrero de 1043) (1).

(1) Esta fecha se encuentra en Ibn-Bassam, t. I, fól. 224, v.

Mientras que reinaba la mayor confusion entre las tropas, dando gritos de alegria los Berberiscos y huyendo los Eslavos porque temian participar de la suerte de su jefa, corrieron á rienda suelta á Málaga dos de los asesinos y al llegar á la ciudad, gritaron: «¡Buena noticia, buena noticia, el usurpador ha muerto! y precipitáronse luego sobre el lugarteniente de Nadja, lo asesinaron. Idriz, el hermano de Hasan fué sacado de la prision y proclamado Califa.

Desde entónces concluyó en Málaga el papel de los Eslavos, pero la tranquilidad restablecida por un momento, no fué de larga duracion.

Idris II no era seguramente un espíritu superior, pero era bueno, caritativo, y se ocupaba casi esclusivamente en hacer beneficios. Si hubiera sido por él, no hubiera habido ningun desgraclado. Llamó á los desterrados de todos los partidos y les devolvió sus bienes: nunca quiso dar oidos á los delatores y hacia distribuir á los pobres quinientos ducados diarios. Su simpatia para con los hombres del pueblo, con los que gustaba conversar, contrastaban singularmente con el fausto, la ostentacion y la escrupulosa etiqueta de su córte. Por

su cualidad de descendiente del yerno de Profeta, los Hammuditas eran á los ojos de sus súbditos una especie de semi-dioses. Para mantener una ilusion tan favorable á su autoridad, se presentaban rara vez en público y se rodeaban de una especie de misterio. El mismo Idris, apesar de la sencillez de sus aficiones, no se separó del ceremonial establecido por sus predecesores: una cortina lo ocultaba á la vista de los que le hablaban, solo que, como era la bondad misma, olvidaba algunas veces su papel. Un dia por ejemplo, un poeta de Lisboa le recitó una Oda en que alababa su caridad y glorificaba así su noble origen: «Mientras que los demás mortales han sido hechos de agua y polvo, decia en su extraño lenguaje, los descendiente del Profeta han sido hechos del agua mas pura, del agua de la justicia y de la piedad. El don de profecía ha descendido sobre su abuelos y el ángel Gabriel, invisible para nosotros, se cierce sobre su cabeza. El rostro de Idris príncipe de los creyentes, se asemeja al sol naciente que deslumbra con sus rayos los ojos de los que le miran, y sin embargo, oh príncipe, nosotros querriamos veros á fin de poder aprovechar vuestra luz, ema-

nacion de la que rodea al señor del universo.» «¡Levanta la cortinal» dijo entónces el califa á su camarero, porque nunca se negaba á una súplica. Mas feliz que aquella pobre enamorada de Júpiter que pereció víctima de su fatal curiosidad, el poeta pudo contemplar á sus anchas la figura de su Júpiter, la que si no derramaba una luz flamígera tenia á lo menos el sello de la benevolencia y de la bondad. Acaso le agradó mas tal como era, que si hubiera estado rodeada de aquellos rayos deslumbradores de que habia hallado en sus versos. Lo que es cierto por lo menos, es que, habiendo recibido un buen regalo se fué muy contento.

Desgraciadamente para la dignidad y la seguridad del Estado, Idris juntaba á una gran bondad de corazon, estrema debilidad de carácter. No sabia ó no se atrevia á negar nada. Si Badis ó cualquiera otro le pedia un castillo ó cualquiera otra cosa accedia siempre á su peticion. Un dia le requirió Badis para que le entregara á su visir, que habia tenido la desgracia de desagradarlo. «¡Ay! amigo mio, dijo entónces Idris á su ministro: aquí tienes una carta del Rey de Granada en

que me pide que os entregue en sus manos. Yo estoy afligidísimo, pero á la verdad, yo no me atrevo á negarme.—Haced lo que quiere, le respondió este hombre excelente, antiguo servidor de su familia. Dios me dará fuerzas y ya vereis como sé sufrir mi suerte con valor y resignacion.» Habiendo llegado á Granada le cortaron la cabeza....

Tanta debilidad irritó á los Berberiscos; ya incómodo por las simpatías que Idris mostraba por el pueblo, por sus tendencias socialistas, como se diria hoy, pero exasperó sobre todo á los negros. Acostumbrados al régimen del castigo, del sable, y de la horca, menospreciaban á un amo que no dictaba nunca una sentencia de muerte. Habia pues ya mucho descontento, cuando el gobernador del castillo de Airos (1), dió la señal de la rebelion. Carcelero de dos primos de Idris, los puso en libertad y proclamó califa á Mohamed, el mayor. Entónces los negros que guarnecian el castillo de Málaga, se insurreccionaron é invitaron á Mohamed á presentarse entre ellos. Sin embargo, el pueblo de Málaga lleno

(1) Este lugar no existe ya á lo que parece.

de amor hacía el príncipe, que había sido su bienhechor, no le abandonó en la hora del peligro. Estas honradas gentes corrieron en masa á su lado y le pidieron á gritos armas, asegurándole que en cuanto las tuvieran no estarían los negros ni una hora en el castillo. Idris les dió las gracias por su adhesión, pero reusó su oferta diciéndoles: «Volveos á vuestras casas que yo no quiero que perezca un solo hombre por mi causa.» Mohamed pudo pues, hacer su entrada en la capital é Idris, fué á reemplazarlo en la prisión de Airos. Habían cambiado sus papeles (1046-7).

El nuevo Califa no se parecía á su predecesor sino á su madre, valiente amazona á quien gustaba vivir en los campamentos, vigilar los preparativos de una batalla ó los trabajos de un sitio y estimular el valor de sus soldados con sus palabras ó con su oro. Bravo hasta la temeridad, pero de una severidad inexorable, si Idris era falto de energía, Mohamed (tal fué por lo menos el parecer de los autores de la revolución) la tenía de sobra. Era la fábula de las ranas pidiendo rey. A ejemplo de la «gente pantanosa» como dice el bueno de La Fontaine, Berberiscos y negros tuvieron bien

pronto que maldecir á la terrible grulla y echar de menos al pacífico leño. Se armó un complot, los conjurados entraron en negociaciones con el gobernador de Airos, que se dejó ganar facilmente por ellos y que puso en libertad á Idris II, despues de haberlo reconocido por califa. Idris no retrocedió esta vez antela idea de la guerra civil, su monoton mansion en un calabozo habia vencido sus escrúpulos; pero Mohamed sostenido por su madre combatió á sus adversarios con tanto vigor que los obligó á deponer las armas. Sin embargo, no le entregaron á Idris; antes de someterse lo hicieron pasar á África en donde mandaban dos libertos berberiscos, á saber, Sacot, (a) que era gobernador de Ceuta y Rízc-Allah que lo era de Tánger. Sacot y Rízc-Allah lo recibieron con muchas consideraciones y mandaron que se hicieran

(a) El autor que escribe «Sacaute» pone en este lugar la siguiente nota: «Abd-el-wahid escribe este nombre «Sacat,» otros escriben Sacont ó segun la pronunciacion de los Arabes españoles «Sacot» (pronunciase la t). Creo pues que la vocal larga en la segunda sílaba, tiene un sonido intermedio entre la «á» y la «ó». En francés puede espresarse este sonido por el diptongo «au.»

en su nombre las oraciones públicas; pero por lo demás no le concedieron ninguna autoridad efectiva; celosos de su propio poder, lo custodiaron estrechamente, le impidieron mostrarse en público y no permitían que nadie se acercara á él. Algunos señores berberiscos, enemigos secretos de los dos gobernadores, encontraron, sin embargo, medio de hablarle y le dijeron: «Esos dos esclavos os tratan como á cautivo y os impiden gobernar por vos mismo. Dadnos vuestros plenos poderes y os libertaremos de ellos.» Pero Idris, siempre dulce y manso reusó su oferta y en su candidéz contó á los dos gobernadores todo lo que habia pasado. Los señores en cuestion, fueron sentenciados enseguida á destierro, pero como acaso habia por que temer, que Idris no diera oidas en otra ocasion á las insinuaciones de los descontentos, Sacot y Rizc-Allah, lo volvieron á España sin dejar, sin embargo, de reconocerle como Califa en las oraciones públicas. Idris fué á refugiarse con el jefe berberisco de Ronda (1).

(1) Segun Ibn-Khaldun fué á Comares, pero he creído que debia seguir á Homaldi.

En este entretanto, los descontentos de Málaga habían implorado el socorro de Badis. Este declaró al principio la guerra á Mohamed, pero poco despues se reconcilió con él. Entónces proclamaron al príncipe de Algeciras, que llevaba tambien el nombre de Mohamed y que á su vez tomó el título de califa. Habia pues, en esta época cuatro desde Sevilla á Ceuta: el pretendido Hixem II, en Sevilla, Mohamed, en Málaga, otro Mohamed en Algeciras y por último Idris II. Dos de ellos, no tenían en realidad poder alguno, los otros dos eran príncipes de escasa importancia, reyezuelos, y este abuso del título de califa era tanto mas ridículo, cuanto que en su verdadera acepción indica al soberano de todo el mundo musulmán.

El príncipe de Algeciras salió mal de su tentativa. Abandonado por los que lo habían llamado, se volvió precipitadamente á su país donde murió pocos dias despues de pena y de vergüenza (1048-9).

Cuatro ó cinco años despues Mohamed de Málaga exaló tambien el último aliento. Uno de sus sobrinos (Idris III) aspiró al trono, pero con mal éxito; esta vez restablecieron al bueno de Idris II y habiéndose en

fin, cansado de perseguirlo el destino reinó pacíficamente hasta que pagó también su tributo á la naturaleza (1055). Otro Hammudita, creyó poder reinar en su lugar, pero Badis desvaneció sus esperanzas. Verdadero jefe del partido berberisco, el rey de Granada, no quería más que un califa y había resuelto concluir con los Hammuditas é incorporar el principado de Málaga á sus Estados. Ejecutó su proyecto sin grandes obstáculos. Verdad es que los Árabes no se sometieron á él más que á regañadientes, pero habiéndose ganado á los influentes entre ellos, tales como el visir-Cadi Abu-Abdallah-Djodhamí, (1) se cuidó muy poco de las murmuraciones de los demás y en cuanto á los Berberiscos, como estaban convencidos de la debilidad de sus príncipes y de la necesidad de unirse estrechamente con sus hermanos de Granada, si querían mantenerse contra el partido árabe, que cada día ganaba terreno en el S. O., favorecieron más bien que contrariaron los proyectos de Badis. El rey de Granada se

(1) Véase Ibn al Khatib, man. G., fól. 107. (artículo sobre Bologguin, hijo de Badis).

hizo pues, dueño de Málaga y todos los Hammuditas fueron desterrados. Todavía representaron papel en África, pero el que habían hecho en España había concluido (1).



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

(1) Abd-el-wahid, p. 45-49 Ibn-Khaldun, folio 22 v., 23 r.; Maccari, t. I, p. 132, 282-284.

V.

A fin de no interrumpir nuestro rápido bosquejo de la historia del principado de Málaga, hemos acaso anticipado un poco los sucesos y como ahora tenemos que echar una ojeada sobre los progresos que en este intervalo hablan hecho el partido árabe, tenemos que volver algunos años atrás.

Habiendo muerto el Cadí de Sevilla, Abu-'l-Casim Mohamed, á fines de Enero de 1042, le sucedió su hijo Abbad, que tenía entonces veintiseis años, con el título de «hadjib ó primer ministro del supuesto Hixem II. Es conocido en la historia con

el nombre de Motadhid y áun cuando no tomo este título sino más adelante, lo llamaremos así desde ahora para evitar la confusión que puede producir el cambio de nombre.

El nuevo jefe del partido árabe en el S. O., tenía una de las fisonomías más acentuadas que haya producido la verde vejéz de una sociedad. Era en todo el digno rival de Badis jefe de la facción opuesta. Suspicáz, vengativo, pérfido, tiránico, cruel y sanguinario como él, y como él dado á la embriaguéz, le escedía en lujuria. Naturaleza móvil y voluptuosa, si las hubo, sus apetitos eran insaciables é incasantes. Ningun príncipe de entonces tuvo un serrallo tan numeroso como el suyo: asegúrase que entraron sucesivamente en él, ochocientos jóvenes: (1). Pero, apesar de esta semejanza general, los dos príncipes no tenían el mismo carácter; sus gustos y sus costumbres, diferían en mucho. Badis, era un bárbaro ó poco menos, desdeñaba los buenos modales, la cultura, la civilización. No había

(1) «Abbad.», t. II, p. 48; t. I, p. 245.

poetas en los salones de la Alhambra; Badis que hablaba de ordinario berberisco, apenas hubiera podido entender sus cantos. Por el contrario Motadhid; había recibido una esmerada educación y, si no podía pretender, en verdad, el título de sábio pues no había hecho estensos estudios, como estaba dotado de un gusto delicado y penetrante y de una gran memoria, sabía mas de lo que sabe de ordinario un hombre culto. Los poemas que compuso y que, aparte de su valor literario, no dejan de tener interés para conocerle á fondo; le valieron de sus contemporáneos la reputacion de buen poeta (1). Era amigo de las letras y de las artes. Por un poco de incienso colmaba de regalos á los poetas, gustaba de edificar magníficos palacios (2) y hasta su tiranía tenía cierta especie de erudicion, pues había tomado por modelo al Califa de Bagdad, cuyo título había adoptado, mientras que Badis ignoraba probablemente hasta en qué época había vivido aquel Califa. Bebedores ambos, Bādis se embor-

(1) «Abbad», t. I, p. 245.

(2) «Abbad», t. I, p. 243.

rachaba brutal, groseramente, sin vergüenza y sin recato, como un patán ó como un pastor. Montadhid siempre hombre de mundo, siempre gran señor, no hacía nada sin gracia, tenía hasta en sus orgías cierto buen gusto y cierta distinción y, aún cuando bebían de una manera immoderada él y sus compañeros de libertinaje, improvisaban báquicas canciones que se distinguan por un gusto maravilloso y una gran delicadeza de expresión. Su organización poderosa se prestaba igualmente al placer y al trabajo; bebedor desenfrenado y trabajador prodigioso, pasaba de la fiebre de las pasiones á la de los negocios. Gustaba de entregarse todo entero á sus ocupaciones de príncipe, pero después de los esfuerzos sobre-humanos que hacía para recobrar el tiempo dado á los placeres, necesitaba la embriaguez de nuevo desórdenes para restaurar sus fuerzas. (1) Y ¡cosa extraña! este tirano cuya terrible mirada hacía temblar á las numerosas bellezas de su serrallo, compuso para algunas de ellas, versos de una esquisita

(1) Véase «Abbad» t. I, p. 243 y un poema de Montadhid, «ibid.», p. 53.

galanteria y de una encantadora dulzura.

Había pues, entre Badis y Motadhid, la distancia que separa al malvado bárbaro del malvado culto; pero, en suma, el bárbaro era el menos profundamente depravado de los dos. Badis tenía cierta franqueza brutal hasta en el crimen, Motadhid era impenetrable hasta para sus confidentes. Mientras que su escrutadora mirada espiaba de continuo los pensamientos mas secretos de los demás y los adivinaba, nadie sorprendia nunca un movimiento en su fisonomía, ni un acento de su palabra (1). El príncipe granadino esponía su persona en los campos de batalla, el de Sevilla aunque estuvo casi constantemente en guerra y no estaba falto de valor, no mandó sus tropas mas que una ó dos veces en toda su vida, y de ordinario, trazaba desde el fondo de su cubil, como dice un historiador arábigo, los planes de campaña á sus generales (2) Las astucias de Badis eran groseras y fáciles de desbaratar, las de Motadhid bien calculadas y sútiles fallaban rara vez. Ese era su fuerte

(1) «Abbad», t. I, p. 424.

(2) «Abbad» t. I, p. 243.

y se cuenta á este propósito una historia que merece ser referida...

Estando en guerra contra Carmona, Motadhid mantuvo correspondencia secreta con un vecino árabe de esta ciudad que le informaba de los movimientos y de los designios de los Berberiscos. Necesitaban naturalmente gran circunspeccion para que sus cartas no fueran interceptadas y para que nadie sospechara sus intrigas. Así, que Motadhid, segun un plan que habia concertado con su espía, hizo venir á su palacio á un palurdo de las cercanías, hombre sencillo y sin malicia, si los hubo, y le dijo: «Quítate esa casaca que no vale nada y ponte esta «djobba.» Es muy hermosa como ves y te la regalo, si haces lo que te voy á decir.» Lleno de alegría, el palurdo se puso la djobba, sin sospechar que en sus costuras se ocultaba una carta que Motadhid queria enviar á su espía, y prometió ejecutar fielmente lo que el príncipe le mandara. «Pues bien, le dijo Motadhid, toma el camino de Carmona y cuando llegues cerca de la ciudad, coge leña y has un haz: entra en la ciudad y ponte donde se ponen de ordinario los leñadores pero, no vendas tu haz, sino al que te ofrezca cinco dirhemes.

Aunque el palurdo no adivinaba en manera alguna el motivo de estas órdenes tan singulares, se apresuró á obedecer. Salió, pues, de Sevilla y cuando llegó cerca de Carmona se puso á hacer haces, pero como no tenía costumbre y hay haces y haces, según dice el proverbio, entró en la ciudad con un hacesillo de ramas muy chico y muy ruin y fué á situarse en el mercado.

—¿Cuánto vale ese haz? le preguntó uno.

—Cinco dirhemes, lo último; si lo quiere lo toma y si nó lo deja, respondió el palurdo.

El otro se echó á reir en sus barbas.

—¿Dios mío! Es ébano?

—No, dijo otro, es bambú.

Y cada uno dijo su chiste, burlándose del palurdo.

Ya declinaba el día, cuando un hombre, que no era otro que el espía de Motadhid, se acercó al palurdo y habiéndole preguntado el precio de su haz, se lo compró y le dijo:

—Cárgate esa leña y llévala á mi casa. Voy á enseñarte el camino.

Cuando llegaron á la casa, el palurdo dejó la leña y habiendo recibido sus cinco dirhemes, iba á irse.

—¿Dónde] vás tan tarde? le preguntó el amo de la casa.

—Voy á salir de la ciudad, le respondió el palurdo.

—¿Piensas en eso? ¿No sabes que hay ladrones en el camino? Quédate ahí, te daré de cenar y una cama, y mañana temprano podrás ponerte en camino.

El palurdo aceptó esta oferta con reconocimiento; pronto una buena cena le hizo olvidar las burletas de que habia sido objeto; y cuando hubo comido con excelente apetito, le dijo su huésped:

—Ahora dime de donde vienes.

—De los alrededores de Sevilla donde vivo.

—Entónces, hermano, debes ser muy valiente y muy temerario para haberte atrevido á venir aquí, pues debes conocer la crueldad y la ferocidad de los Berberiscos y saber, que matan á un hombre en menos que canta un gallo. Sin duda que te trae alguna cosa importante.

—Nada; pero es preciso ganarse la vida y á nadie se le ha de ocurrir maltratar á un pobre palurdo, inofensivo, como yo.

Hablaron hasta que el palurdo empezó á domirse. Entónces su huésped lo c ndujo

al aposento que le destinaba. El otro quiso acostarse sin desnudarse, pero el de Carmona le dijo:

—Quítate tu «djobba», dormirás mejor y te levantarás mas fresco, porque esta noche hace calor.

Hízolo el palurdo y á poco dormía profundamente. Entónces el espía cogió la djobba, descosió la costura, cogió la carta de Motadhid, la leyó, la contestó enseguida, puso su carta en lugar de la del príncipe, recosió la costura sin que se conociera, y volvió á poner la djobba en el sitio donde el palurdo la tenia. Éste, habiéndose levantado temprano al dia siguiente, se la puso y despues de haber dado las gracias al de Carmona por su hospitalidad, volvió á tomar el camino de Sevilla.

Cuando estuvo de vuelta, se presentó á Motadhid y le contó sus aventuras.

—Estoy satisfecho de tí, le dijo el príncipe con aire bondadoso y mereces una recompensa: Quítate la «djobba.» déjala ahí y toma un vestido completo que te regalo.

Loco de alegría, el palurdo cogió los hermosos vestidos que el príncipe le ofrecía y fué á contar con cierta vanidad á sus ami-

gos, á sus vecinos y á sus conocidos todos, que el príncipe le habia dado vestidos de honor, como si hubiera sido un hombre importante, un alto funcionario ó una alteza. Pero que habia servido de correo extraordinario, de conductor de despachos tan importantes que le hubieran costado la vida, si los Berberiscos se los hubieran encontrado; de eso no tuvo nunca ni la menor sospecha (1).

El príncipe de Sevilla era astutísimo, fertilísimo en expedientes, en estratagemas, en artificios de todo género; tenia á su disposición todo un arsenal de trampas y desgraciado de aquel que provocara su cólera. Aunque se fuera á otro país, aunque se fuera á ocultar al fin del mundo, la venganza del príncipe lo alcanzaba infaliblemente. Cuéntase, que un ciego habia sido privado por Motadhid de la mayor parte de sus bienes, que habia derrochado el resto y completamente arruinado se habia ido como peregrino mendicante á la Meca donde maldecia sin cesar y públicamente al tirano que lo habia reducido á la mendici-

(1) Abd-el-wahid, p. 68, 70.

dad. Súpolo Motadhid y llamando á uno de sus súbditos que iba á hacer la peregrinacion á la Meca, le entregó una cajita con monedas de oro bañadas con un veneno mortal. «Cuando lleges á la Meca, le dijo, entregar esta cajita á nuestro concludadano ciego, y le dirás que es un regalo que yo le hago, saludandolo de mi parte; pero ten cuidado de no abrir la cajita.» Prometióle el otro ejecutar sus órdenes, se puso en camino y cuando llegó á la Meca encontró al ciego:

He aquí una cajita que Motadhid te envía, le dijo.

¡Dios mío! ¡Aquí suena á metal, exclamó él; aquí dentro hay oro! Pero cómo es posible que Motadhid está en Sevilla me redujo á la miseria, me enriquezca en la Arabia?

— Los príncipes tienen caprichos muy raros, replicó el otro. Puede ser también que á Motadhid, convencido á estas horas de la injusticia que te ha hecho, le remuerda la conciencia. En fin, yo no sé nada de esto y nada me importa; no hago más que cumplir mi comision. Toma este regalo que es para tí una fortuna inesperada.

— Ya lo creo, respondió el ciego; muchas

gracias por tú trabajo y manifiestale al príncipe mi agradecimiento.

Con su tesoro bajo el brazo, corrió el pobre hombre á su miserable chiribitíl, con toda la ligereza que su ceguera le permitía, y despues de haber cerrado la puerta con cuidado, se apresuró á abrir la cajita.

Dicen que no hay nada más embriagador para un desgraciado que ha luchado mucho tiempo contra la miseria y que la casualidad enriquece de pronto, que clavar los ojos en un monton de oro y dejarse deslumbrar por el brillo de relucientes monedas. Ciego, el Sevillano no podria proporcionarse tal placer, en él tacto y el oido debian remplazar á la vista, y fuera de sí, sumido en un delicioso éxtasis, tocaba, palpaba, manoseaba sus queridas monedas, las hacía sonar, las contaba, se las metía en la boca, se las comia por decirlo así..... El veneno produjo su efecto; antes que llegara la noche el infeliz era cadáver (1).

Badis y Motadhid eran ambos crueles, pero con diferencias muy visibles. Mientras

(1) Abd-el-wahid, p. 67, 68.

que el primero en sus accesos de ciego furor mataba él mismo á sus víctimas con sus propias manos, Motadhid usurpaba raras veces las atribuciones del verdugo; pero aunque no gustara mancharse de sangre sus manos aristocráticas, el ódio era en él más implacable y más tenáz que en su rival. Muerto su enemigo, la venganza de Badis estaba satisfecha y saciado su corage; mandaba clavar la cabeza del cadáver á un poste por que esa era la costumbre, pero no iba mas allá. Por el contrario, el ódio del príncipe de Sevilla no se saciaba nunca; perseguía á sus víctimas mas allá de la tumba, quería que el aspecto de sus restos mutilados estimularan de continuo sus pasiones feroces. A ejemplo del Califa Mahdi, hizo plantar flores en los cráneos de sus enemigos y los colocó en el patio de su palacio. Un pedazo de papel atado á la oreja de cada cráneo llevaba el nombre de aquel á quien habia pertenecido. Muchas veces se extasiaba delante de este «jardin» como él lo llamaba. Y sin embargo no contenía las cabezas mas preciosas á sus ojos, las de los príncipes que habia vencido. Estas las guardaba con el mayor cuidado den-

tro de su palacio en una cajita (1).

Añadamos, que este mónstruo de crueldad era á sus propios ojos el mejor de los príncipes, un Tito, hecho espresamente para la felicidad del género humano. «Si deseas, Dios mio, decía en sus versos, que los mortales sean felices, hazme reinar sobre todos los Árabes y sobre todos los bárbaros; porque yo nunca me he desviado del buen camino, nunca he tratado á mis súbditos, sino como es propio de un hombre generoso y magnánimo; siempre los protejo contra sus agresores, siempre aparto las calamidades de su cabeza (2).»

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalif
CONSEJERÍA DE CULTURA

UNTA DE ANDALUCIA

(1) «Abbad», t. I, p. 243, 244; Abd-el-wahid, p. 67; Ibn-Bassam, t. I, fól. 109 r.

(2) «Abbad», t. II. p. 52.

VI.

Habiendo hecho primero matar á Habib, visir confidente de su padre (1), volvió Motadhid sus armas contra los Berberiscos y principalmente contra sus vecinos los de Carmona. Tenía un motivo especialísimo para odiar á los Berberiscos, pues creía que si no lo evitaba, le habian de quitar el trono á él ó á sus descendientes, habiéndole predicho sus astrólogos que su dinastía sería derribada por hombres nacidos fuera de la Península (2). Todo lo puso pues, en

(1) «Abbad», t. I, p. 242.

(2) «Abbad», t. I, p. 251; t. II, p. 60.

obra para estirparlos. La guerra fué de larga duracion. Mohamed, príncipe de Carmona, habiendo caído en una emboscada fué muerto (1042-3) (1); pero como le sucedió su hijo Ishac (2) continuaron las hostilidades.

Al mismo tiempo, Motadhid ensanchaba sus límites por el Poniente. En 1044 quitó á Mértola á Ibn-Taifur (3), y luego atacó á Ibn-Yahya, señor de Niebla. Este no era un Berberisco, sino un Árabe, pero cuando se trataba de redondear su territorio, Motadhid no reparaba tanto. Réducido al último extremo, Ibn-Yahya se echó en brazos de los Berberiscos. Mudhaffar de Badajoz, vino en su ayuda, rechazó á Motadhid quien trató de formar contra él una liga formidable en que entraron Badis, Mohamed de Málaga y Mohamed de Algeciras. Abu-'l-Walid ibn-Djahwar que, en el año 1043, habia sucedido á su padre, como presidente de la república de Córdoba, hizo

(1) «Abbad», t. II, p. 209, 216.

(2) Ibn-Haiyan «apud» Ibn-Bassam, t. I, fólio 109 r. Ibu-Khaldun («Abbad», t. II, p. 216) dá á este príncipe el nombre de al-Aziz. Es un error.

(3) «Abbad.», t. II, p. 211.

todo lo que pudo para reconciliar entrambos partidos, pero en vano: nadie dió oídos á sus embajadores.

Los Berberiscos habian formado el proyecto de marchar contra Sevilla, luego que hubieran dispuesto sus tropas y verificado su union. Motadhid se les adelantó. Aprovechándose de la ausencia de Mudhaffar, que no habia provisto suficientemente á la defensa de sus propios Estados, hizo primero asolar el territorio de Badajoz y luego, poniéndose, contra su costumbre, en persona al frente de su ejército, marchó contra Niebla, atacó á los enemigos en una especie de desfiladero cerca de las puertas de la ciudad y los precipitó en parte en el Tinto. Pero Mudhaffar consiguió rehacer sus tropas, las llevó de nuevo á la carga y obligó á Motadhid á retirarse.

Reunióse en seguida Mudhaffar con sus aliados pero, mientras que devastaba con ellos el territorio sevillano, Ibu-Yahya se apartó de su partido, habiéndole obligado Motadhid á hacer alianza con él. Mudhaffar lo castigó apropiándose el dinero que le habia conñado y haciendo saquear la campiña de Niebla (1). Entonces

(1) «Abbad», t. I, p. 247, 248.

Ibn-Yahya imploró el socorro de Motadhid que hizo atacar las tropas de Badajoz, las llevó á una emboscada y las puso en derrota, y no contento con este triunfo, hizo desvastar los alrededores de Evora por su hijo Ismael. A fin de rechazar este ataque, el rey de Badajoz hizo tomar las armas á todos los que estaban en estado de llevarlas y habiendo recibido un refuerzo de su aliado Ishác de Carmona, salió al encuentro del enemigo. En vano los Berberiscos de Carmona le exhortaban á que no lo hiciera. «Ignorais, le decian, que el ejército sevillano es numerosísimo; pero nosotros lo sabemos por que tenemos noticias de Sevilla y lo que es más, por que hemos visto las tropas de Motadhid.» El ardiente Mudhaffar no quiso creerlos, pero su audacia le costó cara, pues sufrió una terrible derrota en la que perdió á lo menos tres mil hombres. Entre los muertos estaba el príncipe de Carmona, que mandaba las tropas de su padre. Su cabeza fué llevada á Motadhid, que la colocó en una cajita al lado de la del abuelo del jóven príncipe.

Badajoz presentó por mucho tiempo un triste espectáculo. Las tiendas estaban cerradas, los mercados desiertos habiendo pe-

recido la flor de la poblacion en esta batalla fatal (1). Para colmo de males, los Sevillanos continuaban destruyendo las cosechas, de modo que el hambre ásolaba el reino. Mudhaffar nada podia hacer. Abandonado por sus aliados, en vano los llamaba en su ayuda, se hallaba condenado á permanecer inmóvil é inactivo en Badajoz, donde la ira le abrazaba las entrañas. Sin embargo, no se doblegó su orgullo. No queria ni oír hablar de acomodados, aunque su victorioso enemigo, no reusara positivamente la mediacion de Ibn-Djahwar. Fingia no cuidarse de sus pérdidas, hasta el punto de que envió á comprar cantadoras á Córdoba. Entonces habia pocas, y no sin trabajo, se encontraron dos que, no eran una gran cosa. Al principio causó admiracion, el capricho del rey de Badajoz. Se le tenía por hombre grave, estudioso y que no hacia caso de cantarinas. No se comprendió que hubiera elegido para mandar comprarlas, el momento en que sus Estados presen-

(1) Ibn-Haiyan «apud» Ibn-Bassam, t. I. fol. 108 v., 109 r.; poema de Ibn-Zaidun «ibid» fol. 99 v.

taban el espectáculo de una horrible devastacion. Pero cesó el asombro cuando se descubrió el movill de su conducta. Mudhaffar habia sabido que en la testamentaria de un visir cordobés que acababa de morir, Motadhid se habia procurado una famosa cantadora y para manifestar que él podia tambien ocuparse de cantadoras con tanta tranquilidad como su adversario, las habia mandado comprar.

Entre tanto Ibn-Djahwar, continuaba esforzándose en reconciliarlos y en el mes de Junio de 1051 lo consiguió al fin, pues en esta época por su intercesion, Mudhaffar y Motadhid hicieron la paz, despues de largas negociaciones (1).

Motadhid volvió entonces todas sus fuerzas contra Ibn-Yahya de Niebla, reducido ya á sus propios recursos. Esta expedicion no fué mas que un paseo militar. Convencido de su debilidad, Ibn-Yahya, no intentó siquiera defenderse. Tomó el camino de Córdoba con intencion de pasar allí el resto de sus dias y Motadhid tuvo la

(1) «Abbád», t. I. p, 248, 249,

cortesía de enviarle un escuadron á guisa de escolta (1).

El príncipe que reinaba en Huelva y en la pequena isla de Sáltes, Abdalaziz el Becrita, comprendió entonces que le habia llegado su vez; sin embargo, esperaba todavía salvar alguna cosa del naufragio. Apresurose pues, á escribir á Motadhid, le felicitó por su reciente conquista, le recordó las relaciones amistosas que habia habido siempre entre su familia y la de los Abbaditas, se declaró su vasallo y le ofreció á Huelva á condicon de que le dejara en Sáltes. Motadhid aceptó la oferta y fingiendo querer abocarse con él, tomó el camino de Huelva. Abdalaziz, juzgó prudente no esperarlo y se fué con sus tesoros á Sáltes. Hablando tomado posesion de Huelva, Motadhid se volvió á Sevilla: pero dejando á Huelva uno de sus capitanes, encargado de impedir que Abdalaziz saliera de su isla y de que nadie se fuera con él. Informado de estas medidas, Abdalaziz tomó el partido mas prudente: entró en negociaciones con el capitán de Motadhid, vendió al príncipe de Sevi-

(1) «Abbad», t. I. p. 252.

lla sus bajeles y sus municiones de guerra en precio de diez mil ducados y obtuvo permiso para irse á Córdoba. Durante el viaje, el pérfido Motadhid quiso hacerlo caer en un lazo y apoderarse de sus riquezas, pero Abdalaziz penetró sus designios y gracias á una escolta que pidió al príncipe de Carmona, llegó á Córdoba sin tropiezo (1).

Enseguida atacó Motadhid al pequeño principado de Silves, donde tambien reinaban Árabes, los Beni-Mozáin cuyos abuelos poseian estensas propiedades en esta parte de la península y habian ocupados con frecuencia desde el tiempo de los Omeyas puestos importantes (2).

Resuelto á morir antes que á rendirse, el príncipe de Silves se defendió con el valor de la desesperacion. Pero el ejército sevillano, cuyo general era Mohamed (Motamid) hijo de Motadhid, aunque solo de nombre pues en esta época tenia apenas trece años (3)

(1) «Abbad», t. I. p. 252, 253; Ibn-al-Abbar en mis «Recherchs» t. I. p. 286, de la primera edición.

(2) Véase Ibn-al-Abbar, p. 50, 51,

(3) Véase Ibn-Bassam, t. II, en su art. sobre Ibn-Ammar.

llevó el sitio con no menos vigor y al fin Silves fué tomado por asalto. Ibn-Mozain, en vano buscó la muerte en lo más recio de la pelea; se le perdonó la vida y Motadhid se contentó con desterrarlo (1). Luego, habiendo dado el gobierno de Silves á su hijo Mohamed, hizo marchar su ejército contra la ciudad de Santa María, situada cerca del cabo que lleva todavía este nombre. El Califá Soliman, la habia dado en feudo á un tal Said ibn-Harut de Mérida, cuya genealogia no se conoce y que acaso no era ni Árabe ni Berberisco, pues los hombres cuyo origen desconocian los cronistas árabes, eran generalmente Españoles. Después de la muerte de Soliman se habia declarado independiente y á su muerte le sucedió su hijo Mohamed. Atacado este por los Sevillanos no opuso mas que una corta resistencia. Motadhid reunió el distrito de Santa María al de Silves y quiso que su hijo Mohamed los gobernara juntamente (2).

(1) Véase una carta sobre la toma de Silves que se halla en el cap, que Ibn-Khacan en su «calayid» ha consagrado á Abu-Mohamed Ibn-Abd-al-barr, y consultese la nota B al fin de este tomo.

(2) «Abbad», t. II p. 123, 210, 211. La fecha que

Gracias á estas rápidas conquistas, el principado de Sevilla se habia estendido mucho hácia Poniente; pero se estendia todavia muy poco por el Mediodía donde dominaban los príncipes berbericos. La mayor parte de ellos estaban entónces en paz con Motadhid y hasta habian reconocido su soberania, ó mas bien, la del pretendido Hixem II. Motadhid, sin embargo, no se contentaba con tan poco: su intencion era matar estos príncipes y apoderarse de sus Estados, pero procediendo con moderacion y prudencia no queria aventurarse á tan atrevida tentativa, antes que sus manio-
bras subterráneas no le hubieran asegurado el triunfo.

Despues de la conquista de Silves, fué pues, á devolver la visita, acompañado solo de dos sirvientes, á dos de sus vasallos, Ibn-Nuh señor de Moron é Ibn-abí-Corra, señor de Ronda, sin haberlos prevenido de su intento. Cuando se piensa en el ódio que estos Berberiscos le tenian, se admira con razon, que tuviera la imprudencia

dá Ibn-Khaldun es errónea; yo he indicado la que se encuentra en Ibn-al-Abbar.

de ponerse así en sus manos, pero el hecho es, que no carecia de audacia, y que, apesar de su perfidia con todo el mundo, se fiaba de la buena fé de los demás. En Moron fué acogido de la manera mas espléndida. Ibn-Nuh le manifestó su alegría por esta visita inesperada, le festejó con una suntuosa hospitalidad y le aseguró de nuevo que, le seria siempre vasallo fiel. Pero Motadhid, no habla venido á oír cumplimientos, ni á recibir testimonios de afecto, su objeto era enteramente otro. Quería sondear el terreno y ganarse, si le era posible, algunos personajes influyentes. Conoció facilmente que la poblacion árabe ardía en deseos de sacudir el yugo berberisco y que, llegada la ocasion, podria contar con un apoyo. Gracias á las piedras preciosas y al dinero que llevaban sus dos acompañantes, corrompió hasta á algunos oficiales berberiscos sin que Ibn-Nuh tuviera la menor sospecha de estas intrigas.

Muy contento del resultado de su visita, Motadhid continuó su viage, tomando el camino de Ronda. Allí fué recibido con la misma benevolencia y sus trabajos secretos le salieron tan bien ó acaso mejor, porque los árabes de Ronda estaban todavía

mas impacientes que los de Moron de la dominacion berberisca, pues, á lo que parece los Beni-abí-Corras eran señores mas duros que los Ibn-Nuh. Motadhid llegó pues, á urdir una terrible conspiracion que habia de estallar á la primera señal.

En poco estuvo, sin embargo, que no pagara con su vida su audáz empresa. En una ocasion, hácia el fin de una comida en que no se habia escaseado el vino, se sintió acometido de sueño.

—Me siento cansado y tengo ganas de dormir, le dijo á su huésped; pero no dejels por eso la conversacion ni las copas; un sueñecito me repondrá dentro de poco y entónces volveré á ocupar mi lugar en la mesa.

—Haced lo que querais, señor, le respondió Ibn-abí-Corras, llevándolo á un sofá.

Al cabo de cerca de media hora, cuando Motadhid parecia dormir con profundo sueño, un oficial berberisco rogó á los otros que le escucharan un momento, pues tenia una cosa importante que decirles. Habiendo conseguido el silencio, les dijo en voz baja: «Me parece que tenemos aquí un carnero cebon que ha venido á ofrecerse espontáneamente al cuchillo. Esta es una for-

tuna que estábamos léjos de esperar. De nada nos hubiera servido dar todo el oro de Andalucía por tener aquí á este hombre y hé aquí que él mismo viene.... Todos sabéis que es el mismo demonio y cuando haya dejado de existir, nadie nos disputará ya la posesion de esta tierra».....

Todos quedaron en silencio, pero se miraron y la idea de asesinar al que todos odiaban y temian y cuyos caminos tortuosos les eran conocidos, sonreía á aquellos hombres endurecidos desde su infancia en toda especie de crímenes, sus atezados rostros no espresaron sorpresa ni repugnancia. Solo uno, mas leal que los demás, sintió encendercele la sangre á la idea de tan infame traicion. Era un pariente del señor de Ronda, llamado Moadh-ibn-abí-Corras. Con los ojos encendidos en generosa indignacion, se levantó y tomando la palabra: «¡Por Dios, no hagamos eso! dijo á media voz, pero con tono firme. Este hombre al venir aquí ha contado con nuestra lealtad, su conducta prueba que nos cree incapaces de hacerle traicion, y nuestro honor exige que justifiquemos su confianza. ¿Qué dirian nuestros hermanos de las otras tribus si supieran que hemos violado los sagrados

derechos de la hospitalidad y que hemos asesinado á nuestro huesped? ¡Maldiga Dios al que se atreva á cometer semejante crimen!» Los Berberiscos se conmovieron con estas nobles palabras. Recordándoles de un modo tan enérgico los deberes de la hospitalidad, Moadh habia hecho vibrar en sus corazones una cuerda que rara vez se toca en vano en los pueblos africanos y asiáticos.

Entre tanto Motadhid, aunque se hacia el dormido, estaba completamente despierto. Presa de una angustia inesplicable, habia escuchado todo lo que decian. Tranquilizado por el efecto que habian producido las palabras de Moadh, fingió despertarse y volvió á la mesa; todos los convidados se levantaron al punto, lo abrazaron y lo besaron respetuosamente en la frente. Le acariciaron con tanta mas efusion, cuanto que su conciencia no estaba del todo tranquila y se reprochaban en secreto de haber tenido por un momento la idea de enviar á su huésped al otro mundo.

—Amigos míos, les dijo entónces el príncipe, tengo que volverme inmediatamente á Sevilla, pero en vísperas de dejaros no os puedo explicar cuán satisfecho estoy de

vuestra acogida. Quisiera daros alguna pequeña muestra de mi reconocimiento, pero por desgracia la provision de regalillos que traian mis servidores, está ya casi agotada. Dadme, pues, papel y tinta, que cada uno me dicte su nombre y que me diga lo que quiere mejor, vestidos de honor, dinero, muchachas, esclavos ó cualquiera otra cosa y que envíe á la capital cuando yo esté de vuelta uno encargado de recibir el regalo de destino.

Todos se apresuraron á obedecer al príncipe, y cuando este volvió á Sevilla, se presentó una multitud de criados de los Berberiscos que se llevaron á Ronda magníficos regalos.

Parecian, pues, existir las mejores relaciones entre Motadhid y los Berberiscos; los antiguos ódios olvidados para dejar lugar á las mejores relaciones, á la amistad más íntima y cordial, cuando seis meses despues de su visita, Motadhid invitó á los señores de Ronda y de Moron á un gran festin que queria ofrecerles segun decia, para manifestarles su reconocimiento por su buena acogida. Invitó tambien á Ibn-Khazrun señor de Arcos y de Jeréz y no tardaron

los tres en llegar á Sevilla (1053). Motahid les hizo una recepcion magnífica y segun costumbre les ofreció un baño como tambien á los principales personajes de su comitiva, pero bajo un pretesto cualquiera, detuvo á su lado al jóven Moadh.

Cerca de sesenta Berberiscos fueron al edificio que el príncipe les habia indicado. Despues de desnudarse en la primera sala, entraron en la segunda la verdadera sala del baño. Como se ve hoy todavía en los países mulsumanes, este era de piedra, revestido de mármol y coronado por una cúpula llena de agujeros en forma de estrellas, cubiertos por vidrios raspados. De techo en techo habia tinas de mármol y tubos colocados en el espesor de los muros que partian de una caldera y mantenian un grado de calor muy elevado.

Saboreando las delicias y placeres que procura el baño, si bien los Berberiscos oyeron un ruido ligero, como si estuvieran trabajando albañiles, al principio no hicieron caso; sin embargo, al cabo de algun tiempo como el calor iba siendo cada vez más sofocante, quisieron abrir la puerta (pero cual no sería su espanto! La puerta estaba

tapiada y todos los ventiladores tapados.... Todos se ahogaron (1).

Entre tanto el joven Moadh, después de esperar mucho tiempo el regreso de sus compañeros, acabó por ponerse en cuidado y se atrevió á preguntar á Motadhid por qué tardaban tanto en volver. El príncipe no vaciló en decirselo y como viera en su semblante un profundo terror, le dijo:

—Tú no tienes nada que temer, tus parientes y tus amigos merecían la muerte, pues que tuvieron por un momento la idea de asesinarme. Sabe que no dormía cuando se hizo esta propuesta, pero también oí las nobles palabras que pronunciastes en aquella ocasión y no olvidaré nunca que si vivo es á tí á quien se lo debo. Ahora tú puedes elegir, si quieres quedarte aquí, pronto estoy á partir contigo todas mis riquezas, pero si prefieres volver á Ronda, yo te haré volver lleno de regalos.

—¡Ay señor! le respondió Moadh, (con

(1) Un príncipe aghlábita hizo morir del mismo modo muchos de sus eunucos y de sus guardias, de quienes queria desembarazarse. Véase Ibn-Adhari t. I. p. 127.

profunda tristeza). ¿Cómo he de volver á Ronda, donde todo me ha de recordar á los que he perdido?

—Pues bien, quédate en Sevilla y no tendrás porque quejarte de mí.

Y dirigiéndose á uno de sus servidores:

—Cuida, le dijo, de que se habilite inmediatamente un hermoso palacio á fin de que Moadh vaya á vivirlo. Lleva allí mil monedas de oro, treinta muchachas y diez esclavos.—Te señalo además continuó, dirigiéndose á Moadh, un sueldo anual de doce mil ducados.

Moadh, permaneció pues, en Sevilla, donde vivió con régia opulencia. Diariamente le enviaba Motadhid regalos de mucho valor ó de singular elegancia; le dió un mando en el ejército (1) y siempre que consultaba á sus visires sobre los negocios del Estado, reservaba el asiento de honor al que le había salvado la vida.

Habiendo depositado las cabezas de los señores berberiscos en aquella horrible cajita que tanto gustaba de contemplar, Motadhid envió tropas que se posesionaran de

(1) Véase «Abbáb»; t. II, p. 14, l. 17.

Moron, de Arcos, de Jerez, de Ronda y de otras plazas. Ayudadas por la poblacion árabe y por los traidores que se habian vendido á Motadhid, lo consiguieron sin gran trabajo. La toma de Ronda, donde Abu-Nazr habia sucedido á su padre, parecia que debia costarles más, porque edificada sobre una montaña muy elevada y rodeada de precipicios, pasaba por inespugnable. Pero los Árabes se levantaron en masa contra los Berberiscos y se pusieron á asesinarlos con ciego furor. El mismo Abu-Nazr trató inutilmente de salvarse por la fuga; cuando trataba de escalar la muralla se resbaló y su cadáver cayó en el precipicio (1).

Sobre todo, la toma de Ronda, causó al príncipe de Sevilla un gozo inesplicable. Apresurose á fortificar todavia más á esta ciudad y cuando se concluyeron los trabajos fué á inspeccionarlos y loco de contento, compuso estos versos:

Mejor fortificada que nunca, eres ahora
la mejor alhaja de mi corona ¡oh Rondal
Las lanzas y las cortadoras espadas de mis

(1) Véase la nota I, al fin de este tomo.

valientes guerreros, me han procurado la ventaja de poseerte; tus habitantes ahora me llaman su señor y serán el más firme apoyo para mí. ¡Ah, que dure mi vida y yo sabré abreviar la de mis enemigos. Mientras me quede aliento no he de cesar nunca de combatirlos! He pasado á cuchillo batallones y batallones y las cabezas de mis enemigos ensaltadas como perlas, forman un collar en la puerta de mi palacio (1).



P.C. Monumental de la Alhambra y Generali
CONSEJERÍA DE CULTURA

(1) «Abbad», t. I, p. 247.

VII.

Mientras que Motadhid, infatuado con sus triunfos se entregaba á los transportes de un gozo inmoderado, Badis era presa de una creciente ansiedad. Cuando recibió la noticia de la terrible suerte que habia caído á los señores berbericos, desgarró sus vestidos, dando alaridos de dolor y de ira; y cuando luego supo que por un movimiento de patriótica indignacion toda la poblacion árabe de Ronda se habia levantado como un solo hombre para aniquilar á sus opresores, negros presentimientos vinieron á apoderarse y á atormentar su espíritu desconfiado. ¿Quién le respondía de que sus

súbditos árabes no se hubieren concertado tambien con el Abbadita y de que no conspiraran contra su trono y su vida? Esta idea le perseguía sin descanso noche y dia; se hubiera dicho que tenia raptos de locura. Ya enajenado de furia gritaba, juraba y se enfadaba con todo el mundo, ya turbado por el miedo y llena su alma de negra melancolía guardaba triste silencio y se consumía como árbol herido por el rayo. Cosa estraña y de mal agüero: Badis no bebia ya.....

Maduraba en secreto un proyecto terrible. Mientras que hubiera árabes en sus Estados no estaba tranquilo; la prudencia le mandaba esterminarlos é iba á hacerlo el viérnes próximo cuando estuvieran reunidos todos en la mezquita. Sin embargo como no hacia nada sin consultar á su visir, el judío Samuel, lo informó de su plan, pero añadiendo que estaba firmemente resuelto á ejecutarlo lo aprobara ó no. El judío creyó malo este plan y trató de apartar al príncipe de él. «Supongamos le dijo, que todo suceda á medida de vuestro deseo, supongamos que conseguís esterminar los Árabes, y no contemos para nada el peligro de semejante empresa ¿creéis qué

los Árabes de los otros Estados olvidarán la desgracia de sus compatriotas? ¿creéis qué permanecerán tranquilos en sus casas? No por cierto; ya me parece verlos correr furiosos, ya veo á enemigos tan innumerables como las olas del mar, caer sobre nosotros blandiendo sus cimitarras sobre nuestras cabezas» Por sensatas que fueran estas palabras no produjeron ningun efecto sobre Badis. Hizo prometer á Samuel guardar secreto y dió las órdenes necesarias para que todo estuviese dispuesto para el viérnes. En aquel dia debian reunirse los soldados, armados de todas armas, bajo pretexto de una revista.

Samuel, sin embargo, no estuvo ocioso: envió secretamente á los Árabes principales algunas mujeres conocidas, que les aconsejában no ir á la Mezquita el viérnes inmediato sino por el contrario que se escondieran. Avisados así, los Árabes se mantuvieron alerta y en el dia prefijado no fueron á la mezquita mas que algunos hombres del pueblo bajo. Furioso de ver frustrado su plan, Badis hizo ir á Samuel y le reprendió por haber divulgado el secreto. El visir lo negó, y luego añadió: «Se esplica facilmente que los Árabes no hayan ido á la mezquita.

Viendo que habiais reunido las tropas sin motivo alguno, puesto que estais en paz con nuestros vecinos, han sospechado naturalmente que era contra ellos. En lugar de enfadaros debéis dar gracias á Dios, porque, adivinando vuestras intenciones, hubieran podido sublevarse y sin embargo, ni han chistado. Considerad, señor, el asunto á sangre fria y dia llegará en que veais que tengo razon.» Acaso Badis en su ceguedad se hubiera negado á convencerse, pero habiendo asentido un chaikh berberisco á lo que decía Samuel, acabó por confesar que se habia equivocado (1). Ya no pensó mas en esterminar á los súbditos árabes Pero instado por los fugitivos de Moron, de Arcos, de Jerez y de Ronda que habian venido á refugiarse á Granada, resolvió castigar al pérfido enemigo de su raza é invadió el territorio sevillano al frente de los emigrados y de propias tropas (2). No tenemos detalles de esta guerra, pero todo inclina á creer que

(1) Ibn-Haiyan en mi Introduccion á la Crónica de Ibn-Adhari, p. 86 88. En la p. 86 l. 16 debe leerse: »wahadjara charábahc alladhí la zabra laho ahho.

(2) «Abbad» t. II p. 210.

debió ser sangrienta, porque, de una parte, los Berberiscos iban inflamados con el deseo de vengar á sus compatriotas, y, por otra, los Árabes odiaban á los Granadinos mucho mas que á los otros Berberiscos, pues los miraban como infieles, incrédulos y enemigos de la religion musulmana pues, tenían por visir un judío. «Tu espada ha castigado un pueblo que no ha creido nunca mas que en el judaismo aun cuando se dá el nombre de Berberisco: «decian los poetas sevillanos cuando contaban las victorias de Motadhid (1). A los ojos de los Sevillanos la guerra contra los Granadinos, era, pues, una guerra santa; así, que los combatieron con tanto vigor que los obligaron á retirarse. Los emigrados tuvieron entonces mucho que sentir. No permitiendoles Motadhid volver á sus casas y no queriendo Badis que permanecieran en Granada, pues tenia que proveer á su subsistencia, tuvieron que pasar el Estrecho. Desembarcaron cerca de Ceuta, pero Sacot, señor de esta plaza, no los querian tampoco.

(1) Abd-el-wahid, p. 80, Ibn-Khacan, «Calayid» t. I p. 177 (artículo sobre Ibn-Ammar).

Rechazados así por todo el mundo, cuando la miseria asolaba el África, casi todos murieron de hambre (1).

Motadhid dirigió enseguida sus armas contra el Hammudita Casim, señor de Algeciras. Era el mas débil de los príncipes Berberiscos, así que pronto tuvo que pedir merced. Motadhid le permitió irse á vivir á Córdoba 1058) (2).

Terminada esta nueva conquista creyó Motadhid que ya era tiempo de concluir la comedia que á ejemplo de su padre venia representando y declarar que el pretendido Hixem II habia muerto. Las razones que habia tenido su padre para guarecerse con el nombre de este monarca ya no existian. Todo el mundo estaba convencido además, de que era imposible volver á lo pasado, de que el Califato habia caido para no volver á levantarse; la experiencia habia disipado en este punto todas las ilusiones. El esterero de Calatrava habia llegado á ser un personaje inutil. Puede que este hombre, que nunca se mostraba ni al pueblo, ni á los

(1) «Abbad» t. I p. 210.

(2) «Abbad» t. I, p, 207; Ibn-Khaldun fol. 23 r.

cortesanos, hubiera muerto hacia muchos años, puede tambien que Motadhid harto de él lo hiciera matar, como algunos cronistas aseguran. No nos atreveriamos á afirmar nada en este punto, porque el príncipe de Sevilla, sabia cuando quería, rodear sus hechos de un misterio impenetrable. Ello es que en el año de 1059 reunió á los principales habitantes de la capital para decirles que el Califa Hixem habia sucumbido algun tiempo antes de un ataque de perlesia. Mientras que habia habido guerra que mantener añadió, la prudencia le habia impedido dar publicidad á este suceso, pero ya que estaba en paz con todos sus vecinos podia hacerlo sin peligro. Luego, hizo enterrar los restos mortales del estero de Calatrava con todos los honores régios y en su cualidad de «hadjib» ó primer ministro, acompañó al cortejo á pié y sin «tallesan» (1) Participó tambien la muerte del Califa á sus aliados del Este, exhortándolos á hacer nueva eleccion. Naturalmente nadie pensó en ello. Entonces se dice que pretendió que el Califa lo habia nombrado

(1) Especie de velo que se lleva sobre la cabeza y sobre las espaldas.

en su testamento emir de toda España (1). Lo que por lo menos es cierto es que trataba de serlo; todos sus esfuerzos tendían á ese fin y ahora quería apoderarse de la capital de la monarquía. El destino sin embargo le preparaba un terrible desengaño.

Ya habían hecho sus tropas muchas razias en el territorio de Córdoba, cuando en el año de 1063 (2) dió orden á Ismael, su hijo mayor y general de su ejército, de ir á tomar la ciudad medio arruinada de Zahara. Ismael puso dificultades é hizo objeciones. Ya había algún tiempo que estaba descontento de su padre. Quejábase de su dureza, de su génio tiránico y le acusaba de exponerlo con frecuencia á graves peligros, reusando darle suficientes soldados cuando había que dar una batalla ó que tomar una plaza. Un ambicioso aventurero fomentaba su descontento, Abu-Abdallah-Bizilyani que había emigrado de Málaga, á la toma de esta ciudad por Ba-

(1) Ab bad, t. I. p. 250; t. II, p. 6; Abd-el-wahid, p. 66 (este autor se equivoca en la fecha).

(2) 455 de la Hegira. Así es como debe leerse con el manuscrito del señor Gayangos en el pasage de Ibn-H aiyan, que yo he publicado «Abbad», t. I. p. 256.

dis. Queriendo á toda costa llegar á ser primer ministro, sin importarle de quien, ni de donde, habia tratado este intrigante de hacer nacer en el ánimo de Ismael el pensamiento de revelarse contra su padre y de fundar en cualquier parte, en Algeciras por egemplo, un principado independiente, y habia logrado demasiado su propósito, pues, cuando Ismael recibió la orden de marchar contra Zahara faltaba poco para poner el colmo á su irritacion, y desgraciadamente su padre rehusó de nuevo darles todas las fuerzas que le pedia. En vano le manifestó Ismael que con los pocos soldados con que contaba, le seria imposible atacar á un Estado como Córdoba y que si venia Baddis en ayuda de los Cordobeses como lo haria de fijo, pues era su aliado, se encontraria entre dos fuegos. Motadhid no quiso escuchar nada, se enfadó y en su ira, llamó á su hijo cobarde, lo llenó de amenazas y faltó poco para que de las palabras no se pasara á los hechos. «¡Si tardas en obedecernos le escribió, te hago cortar la cabeza!»

Herido en su dignidad y lleno de cólera, Ismael se puso en camino, pero consultó á Bizilyaní y este tuvo poco que trabajar para

persuadirlo de que habia llegado el momento de ejecutar el proyecto de que habian hablado. A dos jornadas de Sevilla, Ismael dijo á sus capitanes que habia recibido una carta de su padre en la que le mandaba volver á su lado, porque tenia que comunicarle cosas de importancia. Luego, acompañado de Bizilyaní y unos treinta guardias de caballería volvió á Sevilla á toda priesa. Motahid no estaba allí, pues residia en el castillo de Zahir al otro lado del rio. Ismael halló la ciudadela de Sevilla mal custodiada. Apoderóse de ella durante la noche, cargó los tesoros de su padre en mulas, y para que nadie pudiese atravesar el rio y llevar á Zahir la noticia de lo que acababa de pasar, hizo echar á pique los barcos anclados delante de la ciudadela. Luego llevándose á su madre y á las otras mugeres del serrallo, tomó el camino de Algeciras.

Pero apesar del cuidado que se habia tomado para que su empresa no llegara á oídos de su padre, este fué informado por un caballero de la escolta de su hijo que desaprobando su culpable conducta, pasó á nado el Guadalquivir. En el mismo instante Motahid mandó dar una batida en toda la

campiña á secciones de ' Caballería y envió propios á los gobernadores de las fortalezas. Llegaron á tiempo, é Ismael encontró cerradas todas las puertas de los castillos que encontró en su tránsito. Temiendo entonces que los castellanos se reunieran para atacarlo, imploró la proteccion de Hazzadí, gobernador de un castillo situado en la cima de una colina en los confines del distrito de Sidona. Hazzadí accedió á su peticion, pero estipulando que habia de quedarse al pié de la colina. Luego, fué á verle, acompañado de sus soldados, le aconsejó que se reconciliara con su padre y le ofreció su mediacion. Viendo que su plan se habia frustrado por completo, Ismael consintió en todo lo que se le propuso. Entonces Hazzadí le permitió entrar en el castillo donde lo trató con todas las consideraciones debidas á su rango y se apresuró á escribir á Motadhid. Le decía en su carta que Ismael se arrepentía de su calaverada y suplicaba al príncipe que lo perdonara. No se hizo esperar la respuesta de Motadhid. Esta respuesta era consoladora, pues el príncipe declaraba que perdonaba á su hijo.

Ismael volvió á Sevilla. Su padre le dejó todo sus bienes, pero al mismo tiempo lo

hizo vigilar estrechamente y mandó que cortaran la cabeza á Bizilyaní y á sus cómplices. Súpolo Ismael y, como conocía demasiado bien la dobléz de su padre, no vió mas que un lazo en el perdon que habia obtenido. Desde entonces su partido estaba tomado. Habiendo ganado á fuerza de oro á sus guardas y á algunos esclavos, los reunió de noche, los armó, les dió de beber para animarles y escaló con ellos un sitio de palacio que creia fácil de sorprender. Esperaba encontrar á su padre dormido y esta vez estaba resuelto á quitarle la vida. Pero de pronto se presenta Motadhid á la cabeza de sus soldados. Al verlo los conspiradores huyen precipitadamente. Ismael consigue pasar las murallas de la ciudad, pero, soldados enviados en su persecucion, lo alcanzan y se lo llevan prisionero.

Su padre en el colmo de su furor le hace arrastrar al interior de palacio y habiendo alejado á todos los testigos lo mata con sus propias manos. Castiga tambien cruelmente á sus cómplices, sus amigos, sus servidores y hasta á las mujeres de su serrallo. Hubo manos, narices y piés cortados, ejecuciones públicas y secretas.

Apaciguada su cólera, el tirano quedó

presa de una tristeza sombría y de desgarradores remordimientos. Aquel hijo que se había revelado contra él, que había atentado contra su vida, que le había quitado sus tesoros y hasta sus mujeres, era sin duda muy culpable, pero si este podía decirselo y repetirselo á cada momento, tampoco podía olvidar que lo había amado de veras, porque apesar de la dureza de su carácter, tenía una tierna afección á su familia. En este hijo prudente y sábio en el consejo, intrépido y valiente en el campo de batalla, había visto el apoyo de su prematura vejez y el continuador de su obra. ¡Y él había destruido con sus propias manos sus esperanzas mas queridas!

«Al tercer dia despues de esta sangrienta catástrofe, cuenta un visir sevillano, entré con mis colegas en la sala del consejo. La cara de Motadhid era terrible; nosotros temblabamos de miedo y al saludarle apenas pudimos balbucear algunas palabras. El príncipe nos echó una mirada escrutadora desde los piés á la cabeza y luego rugiendo como un leon: «¡Miserables, exclamó, á que viene ese silencio! Vosotros os regocijais en secreto de mi infortunio; ¡salid de aquí!»

Acaso por primera vez, aquella salvaje energía, aquella voluntad de hierro, se sintió doblegada; aquel corazón en apariencia invulnerable había recibido una herida que el tiempo podría curar poco á poco, pero que le dejaría siempre una profunda cicatriz. Por lo pronto dejando en paz á la república de Córdoba, tan gozosa como admirada de este respiro, no pensó ya en sus vastos proyectos (1); pero insensiblemente volvió á ellos y fué Málaga la que despertó su ambición.

Agobiados hacía muchos años bajo el yugo de Badis, los Árabes de Málaga maldecían á cada instante su tiranía y esperaban su libertad del príncipe de Sevilla. Bien sabían que también era un tirano, pero tirano por tirano preferían al que pertenecía á su misma raza. Entendiéronse, pues, con Motadhid y tramaron una conspiración. Badis mismo favoreció sus proyectos con su negligencia, porque sumido en una embriaguez casi continua, no se ocupaba de negocios sino á raros intervalos. En el día prefijado un levantamiento general é irre-

(1) «Abbad». t. I, l., p. 253-259.

sistible estalló en la capital y en veinte y cinco fortalezas; al mismo tiempo que tropas sevillanas mandadas por Motamid hijo de Motadhid, pasaron la frontera para venir en socorro de los insurrectos. Cogidos de improviso los Berberiscos fueron pasado á cuchillo y los que consiguieron escaparse no debieron su salvacion más que á una pronta huida, de modo que en menos de una semana estuvo todo el principado en poder del príncipe de Sevilla. El castillo de Málaga, donde habia una guarnicion de negros, era el único que no se había rendido. Bien fortificado y situado en la cúspide de una montaña, podia sostenerse mucho tiempo y era de temer que Badis se aprovechara de este intervalo para venir en socorro de los sitiados. Tal era por lo menos la opinion de los jefes de la insurreccion que aconsejaron á Motamid que estrechara el sitio del castillo, se mantuviera alerta y no se fiara mucho de los Berberiscos que en gran número servian en su ejército. Eran estos prudentes consejos, pero Motamid no los escuchó. Indolente por naturaleza y poco desconfiado se dejaba festejar por la poblacion, que estaba encantada con sus amables maneras y daba demasiado oido á los

oficiales berberiscos que, impulsados por una secreta simpatía hácia Badis, lo vendian y le aseguraban que el castillo no tardaría en rendirse espontáneamente. En cuanto á sus otros soldados, creyendo tambien que nada tenian que temer, vivian descuidados y se entregaban á los placeres.

Esta indolencia fué fatal á todos. Habiendo encontrado medios los negros del castillo de informar á Badis de que le sería fácil sorprender al ejército sevillano, se pusieron en camino las tropas granadinas y atravesaron la sierra con tanta preteza y precaucion que entraron en Málaga sin que Motamid tuviera un momento antes la menor sospecha de que llegaban. No tuvieron pues, que combatir, todo lo que tuvieron que hacer era degollar soldados inermes y semi-ébrios la mayor parte. Motamid se escapó retirándose á Ronda, pero todo el principado tuvo que someterse de nuevo á la dominacion de Badis.

Imagínese la rabia de Motadhid cuando supo que por la culpable negligencia de su hijo habia perdido un ejército y un soberbio principado. Comenzó por mandar que Motamid quedara preso en Ronda, luego olvidando los remordimientos que le habia

causado la muerte de su primogénito, quiso que el segundo pagara con su cabeza la falta que habia cometido.

Ignorando hasta qué punto estaba irritado su padre Motamid le envió poemas llenos de hábiles adulaciones. En ellos hacia el elogio de su generosidad y de su clemencia y trataba de consolarlo recordándole sus antiguos tiempos. «¡Qué de brillantes victorias no habeis conseguido! decia, victorias de que siempre se hablará en los siglos futuros; las caravanas han llevado su fama á los países más lejanos y cuando los Árabes del Desierto se reúnen á la claridad de la luna, para contar las hazañas de los héroes, no hablan más que de las vuestras». Intentaban escusarse echando toda la culpa á los pérfidos Berberiscos y pintaban con los mas vivos colores la tristeza que le causaba su desgracia. «Mí alma tiembla, decia, mi voz y mis ojos están apagados. Las rosas han desaparecido de mis mejilas y sin embargo no estoy enfermo; mis cabellos han blanqueado y soy jóven todavia. Nada me agrada yá; la copa y la gultarra han perdido sus atractivos para mí; las muchachas, ya sean provocativas ya tímidas han perdido el imperio que tenian sobre mí alma. Y no es porque yo me haya

entregado á la devocion, ni á la santurroneria, ¡no por Dios!, yó siento todavia herbir en mis venas la sangre fogosa de la juventud, pero lo único que ahora me agradaria seria obtener vuestro perdon y atravesar con mi lanza los cuerpos de vuestros enemigos.»

Motadhid se dejó ablandar poco á poco, parte por los poemas de su hijo, pues era muy sensible á los hermosos versos, parte por las súplicas de un piadoso ermitaño de Ronda. Permitió pues, á Motadhid volver á Sevilla y se reconcilió con él (1), pero el principado de Málaga estaba irrevocablemente perdido; Badis estaba ya demasiado alerta para que Motadhid pudiera intentar segunda vez parecido golpe de mano. Es tambien de presumir que el rey de Granada siempre inexorable en sus venganzas y que siempre iba rodeado de verdugos, castigara con el fuego, con el hierro y con el hoyo á los infelices que habian tenido la insolencia de rebelarse contra él y que de este modo quitara á los descontentos las ganas de reincidir.

(1) «Abdad.» t. I p. 51-54, 301, 302; t. I p. 60-63-65.

En medio de sus males tuvieron sin embargo el consuelo —y lo era porque á su ódio á la opresion se juntaba un tanto de fanatismo religioso—tuvieron, repetimos, el consuelo de saber que habia concluido la influencia de los judíos en la corte granadina.

Samuel habia muerto, pero le habia sucedido su hijo José. Este era tambien un hombre hábil é instruido, pero no sabia como su padre hacerse perdonar á fuerza de modestia la alta dignidad que ocupaba. Ostentaba el fausto de un príncipe, y cuando iba á caballo al lado de Badís, no se notaba diferencia alguna entre el traje del príncipe y el del ministro. Y en verdad era mas monarca que el monarca. Dominaba completamente á Badís que estaba sumido en una embriaguéz casi continua y, á fin de que el príncipe no intentára sustraerse á su dominio, le habia rodeado de espías que le referian hasta sus menores palabras. Por lo demás, no era judío mas que nombre. Se decia al menos que no creia mas en la religion de sus antepasados que en las otras y que las despreciaba todas. No parece haber atacado abiertamente la de Moisés, pero en cuanto á la de Mahoma manifestó en públi-

co que sus dogmas eran absurdos y puso en ridículo muchos versículos del Coran.

Por su altanería, su orgullo y su poco respeto á la justicia, José había ofendido á los Árabes, á los Berberiscos y hasta á los Judíos. Muchos delitos le fueron imputados y se acarreó una multitud de enemigos entre los que ocupaba el primer lugar un faquí árabe Abu-Ishac de Elvira. La juventud de este había sido borrascosa; mas tarde había pretendido en la corte un cargo al que parecía darle derechos su nacimiento pero no lo había conseguido; José había frustrado sus esperanzas y lo había enviado al destierro. Entonces se hizo devoto; pero lleno de odio contra José, compuso contra él y sus correligionarios el violento poema que vá á leerse:

Vé mensajero mio, vé á llevar á todos los Cinhedjitas, las lunas llenas y los leones de nuestro tiempo, estas palabras de un hombre que los ama que los compadece y que creeria faltar á sus deberes religiosos si no les diera consejos saludables:

Vuestro señor ha cometido una falta de que sus enemigos se regocijan: pudiendo elegir su secretario entre los creyentes, lo ha tomado entre los infieles. Gracias á este secretario los judíos antes despreciados se

han hecho grandes señores y ya no tienen límites su orgullo y su arrogancia. De pronta y sin esperarlo han llegado á todo lo que podian desear, á la cúspide de los honores de modo que el mico mas vil de los infieles, cuenta hoy entre sus criados multitud de piadosos y devotos musulmanes. ¡Y todo esto no lo deben á sus propios esfuerzos, quien tan alto los ha elevado es un hombre de nuestra religion!..... ¡Ah! porque este hombre no sigue para con ellos el ejemplo que le han dejado los príncipes buenos y devotos de otros tiempos? ¿Por qué no los deja en su sitio, por que no los hace los mas viles de los mortales? Entonces, marchando en cuadrillas, llevarian en medio de nosotros una vida errante, blanco de nuestro desden y de nuestro menosprecio; entonces no tratarian á nuestros nobles con altivez y á nuestros santos con arrogancia; no se sentarian á nuestro lado esos hombres de raza impura y no cabalgarian al par de los grandes señores de la corte.

¡Oh Badis! Vos sois un hombre de gran sagacidad; vuestras conjeturas equivalen á la certeza: ¿cómo no veis, pues, el daño que hacen esos diablos cuyos cuernos se muestran do quiera en vuestros dominios? ¿Cómo podeis tener afecto á esos bastardos que os han hecho odioso al género humano? ¿Con qué derecho esperais afirmar vuestro poder, cuando esas gentes destruyen lo que vos edificais? ¿Cómo podeis conceder á un

malvado tan ciega confianza, haciendo de él vuestro amigo íntimo? ¿Habeis olvidado que el Omnipotente dice en la Escritura que es preciso no tratarse con malvados? ¡No tomes esos hombres por ministros, abandónalos á las maldiciones, por que toda la tierra grita contra ellos; pronto temblará y entonces pereceremos todos!..... Dirigid vuestras miradas á otros países y vereis que donde quiera se trata á los judíos como á perros y que se les tiene apartados. ¿Por qué vos solo, habeis de obrar de otra manera, vos que sois un príncipe querido de vuestros pueblos, vos que procedeis de una ilustre familia de reyes, vos que sobresalís sobre nuestros contemporáneos como vuestros abuelos sobresalieron entre los suyos?

Cuando llegué á Granada, ví que los judíos reinaban allí. Se habian dividido entre ellos la capital y las provincias; donde quiera mandaba uno de esos malditos. Percibian las contribuciones, tenían buena mesa y estaban magníficamente vestidos, mientras que nuestras ropas estaban viejas y destrozadas. Todos los secretos del Estado les eran conocidos ¡qué imprudencia confiarlos á traidores! Los creyentes hacian una mala comida á «dirhem» por cabeza, pero ellos comian suntuosamente en palacio. Ellos os han suplantado en el favor de vuestro señor, oh musulmanes, ¡y vosotros no se lo impedís y los dejais! Sus oraciones resuenan como las vuestras,